



Santa Verónica Giuliani

Virgen, II Orden (O.S.C.Cap.)

10 de julio

Santa Patrona de la Hermandad para el año 2022
Elegida en Suerte el 23 de diciembre de 2021

Santa Patrona de la Hermandad para el año 2023
Elegida en Suerte el 23 de diciembre de 2022

Cada 10 de julio la Familia Franciscana celebra a Santa Verónica Giuliani, una de las místicas más impresionantes del siglo XVII, una mujer que vivió ocultamente en un monasterio de clausura y que, sin embargo, dejó a la Iglesia un testimonio luminoso de amor ardiente a Cristo, especialmente en su Pasión. Su vida es un recordatorio poderoso de que la santidad se construye en lo cotidiano, en la fidelidad silenciosa, y en la entrega total del corazón.

Infancia sensible y marcada por la fe

Santa Verónica nació el 27 de diciembre de 1660 en Mercatello, Italia, con el nombre de Úrsula Giuliani. Hija de una familia cristiana y afectuosa, creció rodeada de cariño y buen ejemplo. Desde muy pequeña mostró un carácter apasionado, sensible y enérgico; tenía un temperamento fuerte y decidido, que con el tiempo aprendería a poner completamente al servicio de Dios.

La muerte de su madre, cuando Úrsula tenía solo siete años, marcó profundamente su alma. Antes de morir, su madre llamó a sus cinco hijas y las consagró a cada una de las llagas de Cristo. A Úrsula la confió al costado abierto del Señor. Este gesto no se borraría jamás de su memoria. Desde entonces, la niña comenzó a hacer pequeños gestos de penitencia y caridad, como si un fuego interior la empujara a amar más intensamente a Jesús. También fue creciendo en ella una fuerte devoción a la Virgen María. Su familia solía decir que Úrsula lo hacía todo con pasión, tanto en el juego como en la oración; un rasgo de carácter que, purificado, sería el núcleo de su santidad adulta.

Llamada a la vida religiosa: una entrega total

A pesar de que su padre deseaba para ella un futuro distinto, Úrsula sentía cada vez más clara la llamada a consagrarse a Dios. A los 17 años, guiada por una certeza interior y por el deseo de entregarse sin reservas, ingresó al monasterio de las Clarisas Capuchinas de Città di Castello. Allí tomó el nombre de Verónica, en referencia a la mujer que consoló a Cristo camino del Calvario: ella también quería “enjuagar el rostro del Señor” con su vida.

Su entrada en el convento no apagó su carácter intenso; por el contrario, Dios empezó a moldearlo suavemente. Verónica pasó por purificaciones interiores, tentaciones, lágrimas y consuelos, aprendiendo a ser humilde, obediente, y sobre todo paciente. La joven religiosa entendió que la santidad no estaba en “hacer cosas extraordinarias”, sino en “vivir el amor en lo pequeño”, como diría más tarde.

Mística y estigmatizada: participación en la Pasión de Cristo

Verónica poseía una sensibilidad espiritual excepcional. Desde temprano experimentó visiones, profundos arrobamientos en la oración y una creciente unión con Cristo crucificado. Pero lo que realmente caracterizó su vida mística fue la participación real en la Pasión del Señor.



En 1694 vivió una experiencia mística en la que recibió una corona de espinas invisible, acompañada de un intenso dolor que, sin embargo, acogió con amor. Tres años después, el 5 de abril de 1697, mientras oraba, recibió los estigmas de la Pasión: las heridas de Cristo se imprimieron en sus manos, pies y costado. Esto le causó gozo, pero también sufrimientos físicos y espirituales muy profundos.

La Iglesia, como hace prudentemente en estos casos, sometió a Verónica a exámenes rigurosos y períodos de prueba. Fue vigilada, estudiada, interrogada... y en todo momento respondió con humildad, obediencia y serenidad. Nunca se defendió a sí misma; dejaba que Dios hablara por ella.

Una mujer fuerte, guía de almas

Dentro de la comunidad, Verónica desempeñó numerosos servicios: trabajó en la cocina, en la enfermería, en la sacristía... siempre con sencillez. Pero su mayor misión fue la de acompañar almas. Durante largos años sirvió como maestra de novicias, enseñando con paciencia y firmeza a las jóvenes que ingresaban. Sus hermanas la describían como una mujer de carácter intenso, sí, pero lleno de ternura, creatividad espiritual y una sorprendente alegría interior.

En 1716 fue elegida abadesa, responsabilidad que llevó con firmeza y delicadeza maternal. Su liderazgo se caracterizaba por la prudencia, la serenidad y una profunda confianza en la providencia. Sabía corregir sin herir, y sabía animar sin exagerar. Bajo su guía, el monasterio creció espiritualmente y vivió una auténtica renovación interior.

Diario, muerte y mensaje

Por obediencia, Verónica escribió un diario espiritual de más de 22.000 páginas, uno de los textos místicos más extensos de la historia de la Iglesia. Allí relata visiones, luchas interiores, experiencias místicas y enseñanzas recibidas en la oración. Este diario no es un relato de fenómenos extraordinarios, sino una profunda escuela espiritual centrada en el amor a Cristo crucificado, en la humildad radical y en la purificación del corazón.

Los últimos años de Santa Verónica estuvieron marcados por una intensa unión con Dios y por dolores físicos crecientes. Su salud se deterioró lentamente hasta que, tras una larga agonía de 33 días, entregó su alma al Señor el 9 de julio de 1727, pronunciando palabras que reflejan toda su vida: «He encontrado el Amor; el Amor se ha dejado ver.» Fue canonizada en 1839.

La vida de Santa Verónica Giuliani nos enseña que la santidad no depende de circunstancias extraordinarias, sino de un corazón que se deja moldear completamente por Dios. Ella vivió escondida, sin prestigios ni reconocimientos; pero su amor apasionado al Señor hizo de su vida un testimonio luminoso. Nos recuerda el valor del sacrificio ofrecido con amor, la importancia de la fidelidad diaria y la inmensa profundidad que puede alcanzar un alma que confía plenamente en Cristo.

Lectura

De la Carta del apóstol san Pablo a los Gálatas
(Gal 5, 1-25)

La libertad en la vida de los creyentes

Hermanos: Para la libertad nos ha liberado Cristo. Manteneos, pues, firmes, y no dejéis que vuelvan a someteros a yugos de esclavitud. Mirad: yo, Pablo, os digo que si os circuncidáis, Cristo no os servirá de nada. Y vuelvo a declarar que todo aquel que se circuncida está obligado a observar toda la ley. Los que pretendéis ser justificados en el ámbito de la ley, habéis roto con Cristo, habéis salido del ámbito de la gracia. Pues nosotros mantenemos la esperanza de la justicia por el Espíritu y desde la fe; porque en Cristo nada valen la circuncisión o la incircuncisión, sino la fe que actúa por el amor. Estabais corriendo bien; ¿quién os cerró el



paso para que no obedecieseis a la verdad? Tal persuasión no procede del que os llama. Un poco de levadura hace fermentar toda la masa.

En relación con vosotros, yo confío en que el Señor hará que no penséis de otro modo; ahora bien, el que os alborota, sea quien sea, cargará con su condena. Por mi parte hermanos, si es verdad que continúo predicando la circuncisión, ¿por qué siguen persiguiéndome? ¡El escándalo de la cruz ha quedado anulado! ¡Ojalá se mutilasen los que os soliviantan!

Pues vosotros, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; ahora bien, no utilizéis la libertad como estímulo para la carne; al contrario, sed esclavos unos de otros por amor. Porque toda la ley se cumple en una sola frase, que es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Pero, cuidado, pues, mordiéndooos y devorándooos unos a otros, acabaréis por destruirlos mutuamente.

Frente a ello, yo os digo: caminad según el Espíritu y no realizaréis los deseos de la carne; pues la carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne; efectivamente, hay entre ellos un antagonismo tal que no hacéis lo que quisiérais. Pero si sois conducidos por el Espíritu, no estáis bajo la ley.

Las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, enemistades, discordia, envidia, cólera, ambiciones, divisiones, disensiones, rivalidades, borracheras, orgías y cosas por el estilo. Y os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen estas cosas no heredarán el reino de Dios.

En cambio, el fruto del Espíritu es: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí. Contra estas cosas no hay ley. Y los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con las pasiones y los deseos. Si vivimos por el Espíritu, marchemos tras el Espíritu.

Oración

Señor, Dios nuestro,
que hiciste admirable por las señales de la pasión de tu Hijo
a tu virgen Santa Verónica;
haz que, por su intercesión y ejemplo,
aceptemos humildemente la cruz de Cristo
para llegar a la gloria de su resurrección.

Por nuestro Señor Jesucristo.

R./ Amén.



Hermanidad de la
PIEDAD
PALENCIA